



Este capítulo forma parte del libro:



***Mosaico feminista
Tejiendo conocimiento a través de las
culturas
Feminist Mosaic
Weaving Knowledge Across Cultures***

***Gloria González-López
(Coordinadora)***



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2024

Páginas: 490 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-05-1

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-05-1>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/363>



El consumo postragedia en los Estados Unidos: Reflexiones feministas sobre tiroteos escolares, tiempo y capitalismo

Shannon Woods

2¹ *de junio del 2022.* El 21 de mayo del 2022 presenté el primer borrador de este trabajo a la Dra. Gloria González-López, mi profesora y editora de la presente antología. Tres días después ocurrió el tiroteo en la Escuela Primaria Robb en Uvalde, Texas, en el cual fueron asesinadas dos maestras y 19 estudiantes. En el 2022, entre enero y fines de mayo ya habían ocurrido otros 27 tiroteos escolares, antes del tiroteo en Uvalde.¹ Es entonces cuando las noticias sobre la tragedia en la Escuela Primaria Robb propiciaron una oleada más de conversaciones y protestas en torno a la seguridad en las escuelas y la reforma de del uso de armas. Otros múltiples tiroteos masivos en las últimas dos décadas también habían promovido la evaluación de la seguridad en las escuelas en Estados Unidos, impulsando aún más a las mismas a preguntarse sobre cómo proteger a su comunidad e implementar acciones urgentes que prevengan este tipo de violencia. A pesar de ello, estas tragedias continúan ocurriendo.

El siguiente ensayo crítico había estado en elaboración por casi dos años cuando las noticias de Uvalde generaron un mayor sentido de urgencia. La cercanía de Uvalde con la Universidad de Texas en Austin y la coalición de pensadoras feministas que participan en esta antología agudiza la frustrante incertidumbre sobre lo que sucederá a continuación. Actualmente, la única certeza que tene-

mos está basada en lo que ha persistido por décadas: el cuerpo estudiantil, el personal docente y administrativo están en peligro en las escuelas de los Estados Unidos. Y esta realidad perturbadora ha puesto en marcha, por décadas, medidas de protección, seguridad y vigilancia policial en las escuelas, las cuales han criminalizado de manera desproporcionada a estudiantes de raza negra y demás minorías raciales, incluyendo a poblaciones indígenas (BI-POC por sus siglas en inglés) y a estudiantes con discapacidad.² Con base en lo anterior, el tema a explorar continúa siendo parte de un sombrío trans fondo y subyacente en la cultura de Estados Unidos y su historia en proceso de ser escrita.

* * *

21 de mayo, 2022. Nueve meses después del tiroteo en la institución educativa Marjory Stoneman Douglas High School en Parkland, Florida, dos reporteros de *The Washington Post* asistieron a la conferencia nacional de seguridad escolar del 2018 en Orlando. Estuvieron presentes 105 proveedores —con una asistencia del 75% mayor que en años anteriores— quienes vendían productos, conceptos y soluciones sobre iniciativas de seguridad escolar.³ Como parte de la exposición, se presentó un pizarrón blanco de 300 libras estadounidenses que estaba decorado con ilustraciones de animales y tenía cinco orificios de bala que ilustraban la función del pizarrón, su costo era de \$2,900 dólares. Los vendedores explicaron el propósito de su producto: “‘Lo que queremos es darles una oportunidad a la niñez y la docencia’, uno [de los vendedores] dijo. ‘Para que puedan tener unos minutos extras’, agregó el otro vendedor” (Cox y Rich 2018).

En los últimos 20 años, la amenaza de que un tirador activo ataque una escuela se ha convertido en una preocupación de alta relevancia en Estados Unidos.⁴ Como resultado, y desde el tiroteo en 2012 en la escuela primaria Sandy Hook en Newtown, Connecticut, el negocio de la seguridad escolar se ha expandido a una industria de \$2.7 billones de dólares.⁵ Exposiciones como la Conferencia Nacional de Seguridad Escolar (National School Safety Conference) han abierto un mercado compuesto por empresarios, exmilitares o personal de seguridad para llenar los

vacíos en el mercado de la seguridad escolar. Estos productos son accesorios para reforzar la sensación de seguridad, solucionar un error o responder al estribillo postragedia de “si tan solo hubiera...”. Los productos varían desde torniquetes, pistolas con bolas de pimienta, *softwares* de reconocimiento facial, hasta algunos productos que intentan llenar múltiples vacíos a la vez, como una puerta de aula blindada, publicitada como un producto que detiene balas, identifica armas, toma fotografía del tirador y notifica a la policía (el precio de lista de este polivalente producto tecnológico es de \$4,000 dólares estadounidenses).⁶ Los productos más accesibles, como las mochilas antibalas de emojis, se venden alrededor de \$119 dólares estadounidenses.⁷ Sin embargo, conferencias como éstas convencen a los preocupados compradores (incluyendo a docentes, madres y padres de familia, estudiantes y personal administrativo), quienes están convencidos que la vida una hija o un hijo no tiene etiquetado un precio, a pesar de la disparidad entre distritos escolares, tanto de recursos financieros como de estrato socioeconómico. Reporteros de *The Post* entrevistaron a un vendedor que promovía un sistema de seguridad para las puertas y un sistema de detección de armas con un precio de \$500,000 dólares estadounidenses. Cuando se le preguntó sobre el elevado precio, el vendedor respondió, “Si crees que \$500,000 es caro, ve a Parkland, Florida, y diles a 17 personas que \$500,000 es caro. Son \$29,000 por niño... Cada persona pagaría \$29,000 por tener a su hijo vivo” (Cox y Rich 2018).

Después de un tiroteo, las escuelas a menudo sienten una creciente presión por abordar el problema y proveer soluciones. Dicha tendencia, según mi argumento, fomenta el *performance* de acciones, previsiones y cuidados. La demanda específica de estos productos ha fomentado un espíritu empresarial que acoge nuevos conceptos y arrolladoras promesas de seguridad. A esta tendencia es a lo que me referiré con *consumo postragedia*, o a la tendencia capitalista que busca aplacar el miedo de las masas a través de la inventiva y la producción de bienes especializados. Por otra parte, el consumo postragedia depende de una construcción heteronormativa y de una construcción generizada del trabajo. Aquí, con el concepto “generizada” me refiero al proceso a través del cual se asignan a las personas o esperan que asuman ciertos roles, trabajos

y obligaciones, según su género aparente. La invención de productos elaborados como parte de esta tendencia depende desproporcionadamente de que el personal docente y mujeres actúen como primera línea de defensa o como operadoras de estos productos, situando su prestación de cuidados bajo un orden de protección paternalista. En otras palabras, el pánico masivo que se difunde durante un estado de emergencia intenta endurecer una dinámica basada en el género entre quienes ordenan el protocolo de seguridad y quienes lo ejecutan. El empresario que encuentra oportunidades después de una tragedia, por lo tanto, opera bajo un proteccionismo masculino y al mismo tiempo requiere de actos feminizados de crianza y cuidado.

En el presente ensayo analizaré cómo las reacciones ante la tragedia y el trauma son una oportunidad para la producción capitalista, además plantearé las siguientes preguntas: ¿es posible que exista el duelo mientras se producen estos bienes? ¿Y qué tipo de prestación de cuidados podría aliviar la explotación capitalista del trabajo de las mujeres durante un estado de emergencia? El consumo postragedia es un síntoma de lo que Jac Pryor (2017), especialista en teoría *queer* y *performance*, identifica como “*straight time*” o tiempo lineal en el contexto del trauma y la supervivencia (Pryor 2017, 4). *Straight time*, según Pryor (2017), es una temporalidad que favorece acciones que llevan “de vuelta a la normalidad” o al “aquí no pasa nada” después de un evento traumático, adhiriéndose a la concepción capitalista del tiempo, en función de “los mandatos temporales del reloj, el calendario y el salario por hora” (Pryor 2017, 32). Es importante destacar que Pryor rebate su noción de “*straight time*” con lo que llama “*time slips*”, o la libertad que brinda un *performance* artístico para experimentar el tiempo postragedia de forma *queer* y fuera de la temporalidad del capital.⁸ En otras palabras, el “*straight time*” se mueve de manera lineal, ajustándose con la temporalidad del capitalismo y la heteronormatividad, mientras que los “*time slips*” permiten otras posibilidades fuera de esta linealidad. Mientras exploro la posibilidad de que existan *time slips* y sanación durante un estado de emergencia, también examinaré la dinámica laboral desproporcionada entre las mujeres que deben brindar prestación de cuidados para cumplir con los de-

seos del consumo postragedia. En última instancia, presento la idea de que los productos concebidos dentro de un estado de emergencia en las escuelas de los Estados Unidos también pueden poseer una temporalidad feminista y *queer*, además de tener la capacidad de maniobrar, caerse y vivir el duelo entre múltiples puntos en el tiempo.

Definiendo el público y el discurso del desastre

Para reconsiderar el tiempo en este contexto, primero debemos interrogar al sujeto o al *público* que lo experimenta. Cuando hablo del “público”, me refiero a la definición del término de Michael Warner (2002): “ficción que produce un imaginario social” (Warner 2002, 12). Estas ficciones, sostiene Warner, eliminan nuestros identificadores y nos convierten —a las masas— en objetivos. Es decir, no es un blanco, no es un objeto, sino como lo opuesto al ‘sujeto’ —perdiendo la subjetividad—. Dicho de otro modo, a medida que absorbemos el discurso público, nuestra subjetividad pasa de la individualidad a la objetualidad. Sin embargo, esta objetivación está en tensión con nuestro impulso por querer identificarnos con el público y sentir que somos parte de él. Warner (2002) explica que “algo se vuelve público solo cuando está disponible para su identificación subjetiva” (Warner 2002, 175). En otras palabras, algo —una preocupación, tendencia o patrón— se convierte en público cuando puede abstraer la mismidad (*selfhood*) y propiciar que las masas se identifiquen con su definición como sujeto público. Hago esta distinción para ampliar sobre el poder de la abstracción en casos de desastre masivo, como son los tiroteos escolares. Warner (2002) afirma que “el desastre es popular porque es una forma de volver la subjetividad de las masas accesible, y nos dice algo sobre lo deseable que es ese sujeto de masas o *mass subject*” (Warner 2012, 177). Tal deseo por subjetividad se vuelve particularmente luminoso cuando se le coloca cara a cara con el daño colectivo. Por ejemplo, la probabilidad estadística de que pase un tiroteo escolar es extremadamente baja. Los tiroteos masivos en las escuelas representan alrededor del 1% de las muertes anuales relacionadas con el uso de armas en los Estados Unidos.⁹ Sin embargo, los tiroteos crean un público que pasa por

un proceso de abstracción (*abstracted public*) que se imagina a sí mismo dentro de esa pesadilla y, como resultado, exige a quienes prestan cuidados a laborar en función de la posibilidad de convertirse en el nuevo ícono del daño colectivo. Madres, padres, docentes, estudiantes y personal administrativo forman parte del público que está constantemente tenso y temeroso de que ocurra un escenario donde haya un tirador activo.

Este tipo de anticipación del público encarna lo que Warner llama un “atestiguamiento colectivo”, o una intimidad entre un público y sus medios de comunicación, y nos anima a encontrar la función del sujeto en el discurso (*subjecthood*) o buscar identificarnos dentro de un público de masas que ha pasado por un proceso de abstracción.¹⁰ Aquí “*subjecthood*” se refiere a encontrar una identificación personal en algo o alguien más, mientras que el proceso de “abstracción” implica que un acontecimiento se hace opaco y, por tanto, más accesible o relacionable con un grupo o individuo. Cuanto más opaco sea un acontecimiento, más ambiguo y, por tanto, es más fácil para un público apropiarse del mismo. Este proceso entre atestiguar y verse identificado en tragedia colectiva abstraída equivale a lo que Warner llama “discurso del desastre”.¹¹ Cuando vemos el discurso del desastre después de una tragedia, desplegado en varios medios de comunicación (en línea, impresos, redes sociales, etc.), nos inclinamos más a participar en el consumo postragedia para proteger y reforzar nuestro sentido de seguridad y subjetivación. En el caso de tiroteos en las escuelas, las organizaciones, inventos y eventos como la Conferencia Nacional de Seguridad Escolar (National School Safety Conference) exponen a las comunidades afectadas y mercantilizan sus heridas y temores. Estas comunidades se convierten en imágenes públicas de desastre que ofrecen subjetividad a otros públicos preocupados —reforzando la idea de que “esto podría pasarle a cualquiera”— y por consiguiente fortalece la necesidad de comprar soluciones. Esto es lo que yo argumentaría que Warner quiere decir cuando describe el discurso público —y especialmente el discurso del desastre— como un tipo de producto consumible.

Tomemos como ejemplo la mochila antibalas de emojis: los públicos preocupados y abstraídos se aferran a su identificación con la posibilidad de un desastre y en-

cuentran consuelo en este producto de seguridad. Este producto se vende en el Home Security Superstore y se describe como capaz de bloquear disparos de armas de fuego calibre 9mm y .44 magnum. Antes de añadirlo al carro de compra en línea, quienes compran pueden ver una foto de la mochila por sí sola y otra de una persona joven agachada, tomada desde un ángulo alto donde se puede ver cómo se usa la mochila como un escudo. Lo que antes era un artículo básico o cotidiano para una persona joven que va a la escuela, ahora se identifica con un desastre masivo del pasado. En otras palabras, la mochila atiende a un público joven que ama los emojis e interactúa con el discurso del desastre. También hace que la seguridad se convierta en un producto aspiracional y adquisible, excepto para madres y padres de escasos recursos o de clase trabajadora, que quedan excluidos de este tipo de innovaciones de seguridad. Sin embargo, tales productos refuerzan la intensa necesidad de identificarse y autoreflejarse en la posibilidad de un desastre. A medida que el discurso de desastre y daño colectivo someten a las masas abstraídas a un proceso subjetivo, los productos para el consumo postragedia también abstraen a los objetos cotidianos para potenciar la subjetividad del público, haciéndolos partícipes de la tragedia colectiva. Por ejemplo, la mochila a prueba de balas sirve como un objeto cotidiano que permite a las personas que lo usan se sumen al pánico que conlleva asistir a una escuela en los Estados Unidos.

La labor del pánico basada en género

A medida que el discurso del desastre invita al testimonio colectivo, las mujeres se encuentran en una posición en la que son otro producto integral en el consumo postragedia. La sincronización del duelo con el capitalismo refuerza una dinámica de género heteronormativa, crucial e imperativa para la seguridad escolar. Dicho de otra manera, si bien estos productos y tecnologías están destinadas a estudiantes o jóvenes en el aula, refuerzan un paternalismo que intenta robustecer la seguridad y calmar el pánico. La mayoría del personal docente en las escuelas de Estados Unidos son mujeres. Una encuesta reciente realizada por

el National Center for Education Statistics (2021) encontró que el 76% del personal docente, desde preescolar hasta escuela media superior, y el 89% del personal docente de educación primaria, son mujeres. Desde una mirada crítica, el personal docente y administrativo que perdieron la vida en las tragedias inexplicables en la escuela primaria Sandy Hook en 2012 y en la escuela primaria Robb en 2022, también eran mujeres.¹² La cantidad desproporcionada de mujeres en roles de docencia —que supervisan estas tecnologías antibalas y de vigilancia— en última instancia asumen funciones de cuidado en virtud de *performances* de protección obligatorias y paternalistas.

La protección de estudiantes jóvenes durante un estado de emergencia es una dinámica de género que es impulsada por el estado “masculino” y funciona a través de concepciones “feminizadas” del cuidado. Esta polaridad de género tiene sus raíces en la asociación de las mujeres con el servicio de cuidados y su rol como cuidadoras, y de los hombres con la “protección” con connotaciones de caballeridad y masculinidad. La prestación de cuidados es una forma recurrente de trabajo para las mujeres en contextos de trabajo remunerado y no remunerado. Ya sea con niñas, niños y demás menores de edad, madres y padres mayores de edad o en algún empleo remunerado, las mujeres se encuentran con múltiples momentos a lo largo de sus vidas donde se espera que actúen como cuidadoras.¹³ Similar a los mandatos de preparación para seguridad escolar, las mujeres deben anticiparse constantemente a escenarios peligrosos y estar “de guardia” para cuidar en cualquier momento o planificar con anticipación.¹⁴ Esta necesidad de planear el cuidado de las niñas, los niños y demás menores de edad es una pieza fundamental en el rol que juega la mujer en la planificación y manejo de la preparación para la seguridad. Cuidar, por lo tanto, significa prevenir. Es una preparación constante para asegurarse que la persona a quien se está cuidando no sea lastimada.

Presuntamente, el proteccionismo masculinista preside al cuidado feminizado. La académica feminista Iris Marion Young (2003) ofrece una definición del proteccionismo masculinista en el contexto postragedia de las torres gemelas en la ciudad de Nueva York. Ella explica que, desde entonces, el gobierno de los Estados Unidos desa-

rolló el hábito del “proteccionismo masculinista” explicando que el “estado de seguridad reforzado de Estados Unidos ofrece un pacto a la ciudadanía: obedece nuestros comandos y apoya nuestras acciones de seguridad, así nosotros garantizaremos tu protección” (Young 2003, 3). Young también escribe que en “esta lógica patriarcal, el rol del protector masculino pone a quien se protege, paradigmáticamente mujeres, niñas y niños, en una posición subordinada de dependencia y obediencia” (Young 2003, 2). En otras palabras, a pesar de que el estado de emergencia se basa en el cuidado que ofrecen las mujeres, el proteccionismo masculinista intenta supervisar y colocar a las mujeres en un papel subordinado. Bajo este modelo, las mujeres —maestras, cuidadoras, etc.—falsamente, no tienen más obligación que hacerse a un lado y ser salvadas. Ella ilustra aún más estas suposiciones al mostrar a la familia nuclear como una manera de entender los roles de género en la seguridad. Young critica: “Cuando se vive en un hogar bajo amenaza, no puede haber voluntades divididas ni discusiones sobre quién hará qué, o cuál es el mejor curso de acción. El jefe de familia debe decidir qué medidas son necesarias para la seguridad de las personas y los bienes, y él da las órdenes que se deben acatar si ellos y sus vínculos quieren permanecer a salvo”. (Young 2003, 5). En otras palabras, la protección depende de un líder (paternalista) que ordena el protocolo de seguridad a quienes se espera cumplan con ciertos roles (feminizados).

Esta dinámica se basa en una estructura de poder opresiva y heteronormativa que convierte al personal docente, mujeres y personas prestadoras de cuidado en productos de consumo postragedia. Los productos desarrollados para mitigar el riesgo en las escuelas son objetos que reflejan el proteccionismo masculino, pero que requieren del cuidado para monitorear su uso. Tampoco son suficientes. El personal docente debe cuidar al cuerpo estudiantil en el estado de emergencia actual en el que se encuentra el sistema educativo de los Estados Unidos, lo que significa que operan bajo el supuesto de estar *siempre en peligro potencial*. Como resultado, el estado de emergencia encierra la construcción heteronormativa del trabajo dentro de un pánico latente: el personal docente, las mujeres y quienes desempeñan roles laborales “femi-

nizados" deben seguir órdenes bajo el disfraz paternalista de la obligación, la protección y el cuidado.

Es importante notar que la pandemia COVID-19 actual frenó brevemente el miedo que motivaba el consumo postragedia así como la preparación en las escuelas para hacer frente a situaciones con un tirador activo. La enseñanza y aprendizaje en línea ejercieron presiones sin precedentes sobre el personal docente y la comunidad estudiantil, distrayéndoles de la continua amenaza de la violencia con armas de fuego en las escuelas, de manera breve con infecciones y enfermedades. Al mismo tiempo, la pandemia ha hecho más evidente la estructura laboral basada en género y raza que sustenta el capitalismo y la iniciativa empresarial. Especialmente a principios del 2020, el público se encontró inmerso en un discurso del desastre de naturaleza omnipresente, sin precedentes y en un estancamiento económico. La vida disminuyó su velocidad para muchas personas, mientras que, para los ahora llamados "trabajadores esenciales", la vida se convirtió en agotamiento total debido a la demanda de productividad.

La académica y activista Altheria Caldera (2020) escribe sobre cómo la lentitud requerida por la pandemia ofreció un tiempo de descanso, autocuidado y estimuló reflexiones sobre la explotación capitalista del trabajo de las mujeres negras (709). Mientras entreteje el trabajo de bell hooks, Patricia Hill Collins y Angela Davis, Caldera discute la manera en que el trabajo de las mujeres negras refleja la historia continua de explotación en los Estados Unidos, especialmente para el progreso de los hombres de raza blanca.¹⁵ Caldera destaca que esta mano de obra —tanto remunerada como no remunerada— se devalúa, ya sea en estatus social como en compensación, planteando la siguiente pregunta crucial: ¿Quién se beneficia más de la ardua labor de las mujeres negras y de otras mujeres de color? (Caldera 2020, 711). "La ardua labor" en este sentido es necesaria para volver al "aquí no pasa nada" y es condicionada por la noción del "*straight time*" de Pryor. Durante la tragedia y el trauma, la productividad es fundamental para el gran proyecto del capitalismo y del proteccionismo masculino, y un componente necesario de los actos de cuidado "feminizados". Como contramedida, Caldera aboga por un giro en la dirección contraria a la "ardua labor" al encontrar valor en el trabajo que da vida, afirma y alienta

el autocuidado.¹⁶ Ella reflexiona sobre su experiencia interrumpiendo estas intrusiones durante los primeros meses de la COVID-19 con su propio autocuidado, señalando que encontrar oportunidades para este tipo de cuidados es indicativo de la frase célebre de Audre Lorde, frecuentemente citada: “Cuidar de mí misma no es un acto de autoindulgencia, es autopreservación, y esto es un acto de guerra política”.¹⁷ En otras palabras, el autocuidado es un acto de resistencia que reivindica el trabajo de las mujeres de color y que existe fuera de la lógica del capital.

No obstante, es difícil definir e identificar el autocuidado como trabajo de cuidados bajo un estado de emergencia. Por ejemplo, aquellos que abrazan el espíritu empresarial postragedia (como se demostró en el trabajo de campo de Cox y Rich), creen fervientemente que su trabajo lleva a cabo una forma de cuidado. Ellos están invirtiendo su trabajo y mano de obra en mejorar la posibilidad de salvar la vida de un estudiante; sin embargo, esta forma de cuidados abraza tanto el materialismo como el individualismo estadounidense que Caldera señala como antitético o contradictorio a la forma de cuidado que ella y Lorde describen como un acto de amor propio y protesta.¹⁸ El consumo postragedia y sus empresarios asumen que hay tanto ganancia personal como económica. Los productos de los empresarios operan bajo la influencia y el poder que conlleva el reivindicar la seguridad y la preparación, y en última instancia solo están disponibles para las escuelas que tienen los medios y los recursos para comprarlos. Como resultado, el efecto combinado del trabajo duro, del “*straight time*” y del discurso del desastre endurecen una dinámica heteronormativa y basada en género que intensifica el impulso del público por encontrar subjetividad. Como tal, al mismo tiempo refuerza y sustenta nuestro impulso por el individualismo mientras nos encontramos en un estado de pánico. Esto produce una espiral de retroalimentación agotadora que nos mantiene en estado de preocupación, cansancio, pero aun operando para el estado de proteccionismo masculino. Si bien el tiempo no se puede comprar, sí se puede explotar, y al trastocar esta espiral de retroalimentación es quizás donde podemos seguir el ejemplo de Pryor y deslizarnos a través del tiempo.

Aquí no pasa nada

Ahora quiero regresar a la intervención de Pryor sobre el tiempo lineal o “*straight time*” y su vínculo con el capitalismo y la mercantilización dada a raíz de la tragedia. Warner explica cómo las personas “se construyen a sí mismas como sujetos en masa” al “consumir materiales temáticos del discurso de los medios de comunicación”.¹⁹ Pryor y Caldera podrían añadir que estos discursos mantienen un sentido de producción y sanación que se alinea con las nociones capitalistas de mejoramiento y productividad. Pryor refuta que el desastre exista en esta temporalidad lineal al decir que, de hecho, se desentraña en el contexto del trauma y la supervivencia. Asimismo, resume que el tiempo entra en tensión con la concepción del Estado-nación sobre la sanación y el progreso postdesastre, lo cual favorece cualquier esfuerzo en búsqueda de regresar al “aquí no pasa nada”.²⁰ De igual forma, la lentitud, la sanación y el autocuidado de los que menciona Caldera se reducen ante la presión de la productividad y la ardua labor.

Caldera, Warner y Pryor, prestan mucha atención respecto al poder de la esfera pública para regular la emoción y el tiempo después (o durante, en el caso de la COVID-19) de un desastre. También señalan la importante distinción de que la emoción y el tiempo deben ser productivos, eliminando la posibilidad del duelo y del autocuidado. Pryor lo explica con más detalle en el contexto del periodo posterior al atentado de las torres gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre:

Si permanecer en duelo es aferrarse a apegos melancólicos —obsesionarse con el pasado, revivirlo anímicamente, negarse a avanzar, progresar, o a alejarse del dolor de la pérdida— entonces, el duelo es la antítesis del afecto nacional oficial. Esta es precisamente la razón por la cual el bombero, el policía y el trabajador de rescate se convirtieron en nuestros nuevos héroes nacionales: representaban valentía, resiliencia, productividad y progreso —y no el miedo, duelo, debilidad y depresión—. Ellos representaban un sentido del tiempo decididamente “americano” (y masculino).²¹

Los mismos trabajadores que menciona Pryor aquí son similares a los que adoptan el espíritu emprendedor y se esfuerzan por ayudar a las poblaciones después de los tiroteos escolares. Muchos de los proveedores entrevistados por *The Post* en la Conferencia Nacional de Seguridad Escolar eran exmilitares, oficiales de policía o trabajadores de servicios de seguridad.²² Y aunque sus productos atraen masivamente al público en duelo —y algunas veces a las poblaciones específicas que fueron víctimas de tiradores activos— no dan cabida al duelo ni a la liberación de la labor de pánico basada en género. Los productos como las puertas y pizarrones blindados, mochilas a prueba de balas y sistemas de vigilancia empujan al trauma colectivo de regreso a estar en sintonía con el capitalismo. Distorsionan los objetos escolares cotidianos y los convierten en objetos militarizados y de protección. En consecuencia, transforman los salones escolares en búnkeres comprables e imponen un estado de emergencia constante bajo la apariencia de un día escolar regular. Entonces, el personal docente también debe operar bajo el proteccionismo masculino y llevar a cabo la labor que sustenta una pieza de tecnología, como lo es una puerta blindada polivalente. El alto precio de tal mercancía refuerza su supuesta efectividad mientras absorbe el impacto del desastre masivo y, para reiterar el argumento de Warner, hace que el público de masas esté sujeto a la nación y sus mercados. Se convierten en objetos de consumo postragedia que el público siente que debe tener “por si acaso”. Además, transforma la seguridad en algo que las comunidades deben *costear* —una forma de seguridad que no es accesible, sino que excluye a la clase de estrato socioeconómico bajo y a las comunidades de color de la posibilidad de adquirir estas herramientas—. Bajo la lógica excluyente del Estado-nación, no sirve de nada llorar o vivir en el trauma, solamente puede haber progreso y oportunidades. En resumen, tales bienes ofrecen a los públicos la oportunidad de identificarse con el desastre masivo y de entrar en sintonía con el “aquí no pasa nada” cuando lo que realmente necesitan, como propone Pryor, es tiempo.

El potencial *queer* del tiempo en el consumo postragedia

Me gustaría reiterar la pregunta que planteé al principio de este ensayo crítico: Cuando se producen estos bienes ¿es posible vivir el duelo más allá de la noción del “aquí no pasa nada”? Además, ¿es posible encontrar una temporalidad feminista y *queer* en el consumo postragedia? ¿Qué necesita pasar para que el trabajo de pánico basado en género se libere de su construcción heteronormativa? Pryor ofrece su concepción de “*time slips*” como algo distinto al tiempo lineal o “*straight time*” que el consumo postragedia persigue. Un *time slip* ocurre cuando “las concepciones normativas de tiempo fallan o desaparecen y quien observa o el artista experimenta una temporalidad alternativa o *queer*” (Pryor 2017, 9). En otras palabras, los “*time slips*” iluminan los momentos de la representación artística que hacen que el tiempo se vuelva *queer*. Nos permiten experimentar el tiempo fuera del “*straight time*”, permitiendo que se repita, reconozca y que se haga un intento por sanar el trauma.

Por lo tanto, ¿es posible utilizar estos productos de seguridad para interrumpir la iniciativa empresarial? Aunque el consumo postragedia se alinee con el “*straight time*”, quiero explorar la posibilidad de que estos objetos producidos postragedia tengan el poder de permitir que ocurra el duelo y de ejecutar los “*time slips*” de Pryor. Independientemente de que estos objetos se conviertan en artículos de primera necesidad o en inversiones dentro de las aulas escolares, estos productos de seguridad tienen el potencial de reconocer y ayuda a procesar el dolor por tragedias pasadas. Como innovaciones, intentan resolver un problema y ofrecer soluciones con la firme meta de salvar vidas. Apelan a un público de masas en duelo con la intención de prevenir tragedias futuras, pero en vez de preguntarse *¿qué podemos hacer mejor?* Voltean al pasado y preguntan *¿qué podríamos haber hecho?* Su producción avanza de manera lineal (o en *straight time*), pero los objetos o bienes por sí mismos hacen malabares con múltiples tragedias desde múltiples puntos en el tiempo. Estos productos tienen el potencial de transmitir el mensaje: “si tan solo...”. Una persona joven que usa una mochila antibalas de emojis, por ejemplo, sostiene un objeto que se desliza a

través del tiempo: esta persona participa en la comercialización actual de la seguridad mientras que reconoce tragedias pasadas —usando un objeto que podría haber o debería de haber ayudado— mientras que anticipa emergencias en el futuro.

La preparación de seguridad es un *performance*, y como tal, tiene el poder de trascender en el tiempo y crear espacio para el duelo. También ofrece una oportunidad empresarial que existe en la lógica capitalista. Las tragedias exponen huecos en la preparación adecuada y, por lo tanto, vacíos por llenar dentro del mercado, y los productos que llenan estos vacíos refuerzan los sistemas clasistas, sexistas y racistas que ofrecen seguridad solo a las personas o a los distritos escolares que pueden pagarla. No obstante, esta acción de inventiva y de consumo postragedia atrae a las escuelas afectadas, a las comunidades y a la necesidad del público abstraído a identificar y encontrar subjetividad en el desastre masivo mientras se explota la labor crucial de quien ofrece cuidados. Esta participación en el discurso del desastre coloca a la seguridad como un producto al que se aspira y al trauma en una temporalidad lineal dirigidas hacia la normalidad y la productividad. Sin embargo, la preparación de seguridad, especialmente los objetos producidos en un esfuerzo por brindar soluciones y mitigar el riesgo, tal vez se convierten en una muestra de respeto y estratifican múltiples puntos en el tiempo. Afirman futuras alternativas ante un pasado trágico mientras protegen en el aquí y ahora.

* * *

21 de junio del 2022. Este proyecto de investigación sigue su curso. Pero a medida que estas tragedias continúan ocurriendo y creando más estadísticas, se vuelve más difícil observar estos eventos como parte de mi investigación de posgrado sobre el *performance* de la preparación de seguridad, el estado policial y los tiroteos en las escuelas en los Estados Unidos. No dejo de preguntarme cómo el sumergirme en esta fuente de material tan traumática, que ha afectado profundamente las vidas de otras personas, me está sirviendo en el camino para obtener un doctorado. Soy una mujer blanca que no ha sido criminalizada por la policía en las escuelas; no soy madre de familia ni

tengo hermanos menores que vayan a la escuela; no soy la maestra de escuela que se tenga que preparar para proteger a sus jóvenes estudiantes. Dentro del modelo de escritura e investigación de la academia, cada nuevo tiroteo empieza a sentirse como otro estudio de caso a ser examinado junto a demás especialistas en el mundo académico y teórico.

Han habido múltiples ocasiones donde he querido cambiar de dirección en mi sendero profesional, especialmente después del tiroteo escolar en Uvalde; sin embargo, ser parte de esta comunidad de feministas me ha recordado que plantear estas preguntas de investigación, apoyarnos en nuestras vulnerabilidades y mantener nuestra honestidad respecto a nuestros retos son una expresión crítica de cuidado colectivo. Escribir e investigar dentro de la academia no debe ser un proceso aislado, sino más bien —como lo he aprendido de la Dra. Gloria y de mis compañeras— debe funcionar como un acto de sanación y servicio que promueva la mejoría de las comunidades afectadas y sea recíproca con las mismas. Así es como nuestros proyectos de investigación persisten, permanecen en curso y en constante evolución, en coalición.²³

Notas

1. De acuerdo con la información recopilada por *Education Week's 2022 School Shooting Tracker*, última actualización 8 de junio del 2022.
2. Para más información, consultar el reporte realizado en 2017 por American Civil Liberties Union, *Bullies in Blue: The Origins and Consequences of School Policing*.
3. Cox y Rich, *Armored school doors, bulletproof whiteboards and secret snipers*.
4. Múltiples especialistas citan el tiroteo de 1999 en la Escuela Preparatoria Columbine en Littleton, Colorado, como el primer incidente que incitó la necesidad de que el personal docente, administrativo y cuerpo estudiantil instauraran alguna forma de preparación en caso de presentarse un tirador activo.
5. Cox y Rich, *Armored school doors, bulletproof whiteboards and secret snipers*; Everytown Research & Policy, *The Impact of Active Shooter Drills in Schools*.

6. Cox y Rich, *Armored school doors, bulletproof whiteboards and secret snipers*.
7. The Home Security Superstore, n.d.
8. Pryor, *Time Slips*, 9.
9. Everytown Research and Policy, *The Impact of Active Shooter Drills in Schools*.
10. Warner, *Publics and Counterpublics*, 170.
11. Warner, *Publics and Counterpublics*, 177.
12. Anne Marie Murphy, Rachel D'Avino, Mary Sherlach, Dawn Hochsprung, Lauren Rousseau, Victoria Leigh Soto, y la madre del tirador, Nancy Lanza, fueron las víctimas adultas del tiroteo en Sandy Hook en Newton, Connecticut. En la escuela primaria Robb en Uvalde, Texas, las maestras Eva Mireles e Irma García perdieron la vida junto con 19 niñas y niños. Todas estas mujeres murieron protegiendo a sus estudiantes.
13. Rutman, *Child Care as Women's Work*, 629.
14. Rutman, *Child Care as Women's Work*, 629.
15. Caldera, *Challenging Capitalistic Exploitation*, 710.
16. Caldera, *Challenging Capitalistic Exploitation*, 712.
17. Lorde (1988) citado en Caldera, *Challenging Capitalistic Exploitation*, 715.
18. Caldera, *Challenging Capitalistic Exploitation*.
19. Warner, *Publics and Counterpublics*, 185.
20. Pryor, *Time Slips*, 4.
21. Pryor, *Time Slips*, 21.
22. Cox y Rich, *Armored school doors, bulletproof whiteboards and secret snipers*.
23. Nota, versión en español: Las traductoras y editoras del presente ensayo encontraron dificultades para traducir de manera precisa algunos conceptos originalmente acuñados en inglés por lo que la traducción se realizó de manera interpretativa. Por ejemplo, algunos de los conceptos que son parte de la teorización de Michael Warner, Jac Pryor y Altheria Caldera pudieran no tener la traducción más precisa al español.

Referencias

American Civil Liberties Union. 2017. "Bullies in Blue: The Origins and Consequences of School Policing". 12 de abril, 2017.

- <https://www.aclu.org/publications/bullies-blue-origins-and-consequences-school-policing>
- Caldera, Altheria. 2020. "Challenging Capitalistic Exploitation: A Black Feminist/Womanist Commentary on Work and Self-Care". *Feminist Studies* 46 (3): 707–716.
<https://doi.org/10.1353/fem.2020.0049>
- Cox, John Woodrow y Steven Rich. 2018. "Armored school doors, bulletproof whiteboards and secret snipers". *The Washington Post*. Consultado el 23 de abril, 2021.
https://www.washingtonpost.com/graphics/2018/local/school-shootings-and-campus-safety-industry/?utm_term=.3023eeacd473
- Everytown Research and Policy. 2020. "The Impact of Active Shooter Drills in Schools". Consultado el 8 de septiembre, 2020.
<https://everytownresearch.org/report/the-impact-of-active-shooter-drills-in-schools/#intro>
- National Center for Education Statistics. 2021. "Characteristics of Public School Teachers". U.S. Department of Education.
<https://nces.ed.gov/programs/coe/indicator/clr/public-school-teachers>
- The Home Security Superstore. "Streetwise™ Level 3A Bulletproof Emoji Backpack". Consultado el 23 de abril, 2021.
<https://www.thehomesecuritysuperstore.com/products/streetwise-level-3a-bulletproof-emoji-backpack-orange>
- Pryor, Jaclyn I. 2017. *Time Slips: Queer Temporalities, Contemporary Performance, and the Hole of History*. Chicago, IL: Northwestern University Press.
- Rutman, Deborah. 1996. "Child Care as Women's Work: Workers' Experiences of Powerfulness and Powerlessness". *Gender & Society* 10 (5): 629–649.
<https://doi.org/10.1177/089124396010005008>
- School Shootings This Year: How Many and Where. 2022. *Education Week*. Consultado el 8 de junio, 2022.
<https://www.edweek.org/leadership/school-shootings-this-year-how-many-and-where/2022/01>
- Warner, Michael. 2002. *Publics and Counterpublics*. Brooklyn, NY: Zone Books.
- Young, Iris Marion. 2003. "The Logic of Masculinist Protection: Reflections on the Current Security State". *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 29 (1): 1–25.
<https://doi.org/10.1086/375708>

